

El ideario fascista en la Argentina del siglo XX

The fascist ideology in the XX Century Argentin

Dr. José Manuel Azcona-Pastor

josemanuel.azcona@urjc.es

Universidad Rey Juan Carlos de Madrid, España

Resumen

En el presente artículo se analiza el origen del nacimiento histórico de la ideología fascista en Argentina, el cual va a conformar todo un cuerpo ideológico, basado en el dogma político estructurado previamente por Benito Mussolini en Italia y en el concepto de hispanidad creado por Primo de Rivera en España. Esta ideología calará hondo en los elementos conservadores de la sociedad argentina y, sobre todo, en el ejército. De tal modo que provocará la llegada de la dictadura militar en el año 1976. Juan Domingo Perón se configurará como un personaje decisivo en este proceso.

Palabras clave: fascismo, Argentina, peronismo, dictadura, nacionalismo.

Abstract

In this article there is an analyses on the birth of the facist ideology in Argenina, and how it is going to form an ideological entiry, based on the political dogma structured by Mussolini in Itlay and the concept of hispanity created by Primo de Rivera in Spain. This ideology will penetrate deeply in the conservative elements of the Argentinian society, and above all in the army,

causing the 1976 military dictatorship. Juan Domingo Perón will be a key character in this process.

Keywords: fascism, Argentina, peronism, dictatorship, nationalism.

Punto de partida

En el sentido estricto del término, los estudiosos¹ de la fenomenología fascista, del fascismo como ideología contemporánea², coinciden en que el fascismo que mantuvo un ámbito genérico, se caracteriza por una política por y para las masas bien concreta, por una forma extrema de nacionalismo, significado por una ideología propia y por el desarrollo de un estilo público de hacer política que enfatiza tanto la emoción de las masas como el simbolismo patriótico y que reivindica la creación de un Estado corporativo fuerte que controle una parte importante de la economía nacional y que elimine del escenario social la lucha de clases. En esta línea de pensamiento y actuación se reivindican las relaciones jerárquicas e integradoras junto a políticas autoritarias y racistas. Asimismo, todos los fascismos occidentales, el italiano de Benito Mussolini, el del nacionalsocialismo alemán de Adolfo Hitler, como principal fuente de inspiración, plantean en términos de

¹ Es interesante el libro de Federico Finchelstein (2008).

² Uno de los hispanistas que más ha ilustrado el análisis de los fascismos internacionales es Stanley Payne.

doctrina el valor regenerador de la violencia política, la tortura y la guerra.

En términos históricos sería anacrónico hablar de fascismo después de 1945. Más apropiado sería hablar de neofascismo, posfascismo o incluso neonazismo (Finchelstein, 2008: 13). Perón, tal y como estudiaremos, se presentaba a sí mismo como un alumno de Benito Mussolini y el presidente del Partido Radical, Marcelo T. de Alvear y su ministro de Asuntos Exteriores, Ángel Gallardo, en los años veinte del pasado siglo tenían una imagen positiva de la dictadura fascista, sobre todo en lo que concierne a las formas autoritarias de la Cámara de los Diputados. Así que el fascismo apareció en Argentina en la misma época que en Europa y será la década de 1920 su etapa de arranque. Y en aquel país se darán todos los ingredientes de este ideario, a saber: nacionalismo extremo y excluyente, racismo, antisemitismo, política de masas, rechazo del legado de la Ilustración, anticomunismo, imperialismo popular y obrero y antiimperialismo de Guerra Fría, violencia política y terrorismo de Estado y ensalzamiento del conflicto bélico como valor supremo. Serán sacerdotes católicos, entre otros estamentos sociales, los encargados de transmitir este pensamiento. Argentina crea una ideología fascista a su medida y semejanza: el fascismo vernáculo, eje de la cruz y la espada, no puede ser otra cosa que industria nacional, en expresión de

Federico Finchelstein (2008: 19). Los nacionalistas de las décadas de 1920 y 1930 del siglo XX fueron los creadores de la versión argentina del fascismo global. Los intelectuales decimonónicos como Domingo Faustino Sarmiento, Juan Bautista Alberdi o Bartolomé Mitre, forjaron emociones colectivas de pertenencia a la nación que ya existían con anterioridad, y que provienen de los sentimientos que vivían en las tierras que habían sido Virreinato del Río de la Plata, y de los procesos de independencia de España, así como de la configuración de la República Argentina como nación independiente. A la vez, se compartía un idioma común, una misma tradición política y una constitución que regulaba la vida de todos los habitantes.

Al pensar la Argentina, Mitre, Sarmiento y Alberdi le dieron una historia que todavía hoy se puede leer en los colegios y en muchos libros de historiadores no profesionales. Poco tienen que ver Rosas o San Martín con el fascismo, el totalitarismo y la democracia moderna; y sin embargo, sus figuras fueron, y son, modeladas en dichos términos. Esta constante reescritura ingenua de la historia es quizás inevitable pero debe ser reconocida como tal. El primer historiador que le dio un sentido

Santiago 136, 2015

definitivamente articulado fue también presidente y periodista: Bartolomé Mitre³.

En la estructuración de una Argentina blanca, puramente homogénea, Sarmiento, por ejemplo, siguió a rajatabla los postulados que identificaban exterminio y modernidad que estaban aconteciendo en Estados Unidos de Norteamérica. En 1876 insistía en acabar con los indios de su país, afirmando que “por los salvajes de América siento una invencible repugnancia sin poderlo remediar”. Sustentaba que eran incapaces de someterse al progreso material de los nuevos tiempos, por lo que su aniquilación, y cito textualmente, era providencial y útil, sublime y grande. Decía: “Se le debe exterminar sin ni siquiera perdonar al pequeño, que tiene ya el odio instintivo al hombre civilizado”.

Fue el general Julio Argentino Roca el encargado de realizar esta limpieza étnica, en la que el gaucho iba a tener un papel similar al cow-boy norteamericano. Más tarde, los nacionalistas se identificarán con estas ideas genocidas patagónicas (la guerra del desierto contra el indio local no civilizado), sosteniendo —como lo hicieron los hermanos Irazusta

³ En expresión categórica de Federico Finchelstein. En cuantos viajes académicos hemos realizado a la República Argentina hemos comprobado de primera mano esta aseveración entre estudiosos de la historia de aquel país no profesionales y a veces también profesionales.

(Finchelstein 2008: 25)— que el exterminio del indio nativo era “una empresa de significado grandioso”, identificada con la terminación de la acción secular de la conquista o “la ocupación de América por la raza blanca, con la difusión del cristianismo, con el establecimiento de la cultura europea por una de sus más ilustres ramas, el español, soldado de la iglesia”. La conquista de la Patagonia se tornaba una superación republicana en términos de cristianismo y dominación. Por ejemplo, para el nacionalista Ernesto Palacio el argumento de que Argentina no tenía nada de indio y todo de blanco era una verdad que no permitía interpretaciones alternativas. Este ideólogo rechazó la idea según la cual los indios habían contribuido a la creación de la nación argentina. Sin embargo, la paradoja del hecho que ahora estamos tratando es que la política racista de exterminio, las masacres acontecidas en la Patagonia fueron realizadas en tiempos de gobiernos de liberal ideología que dieron muestras de violencia totalitaria. Así que el liberalismo, como dogma en Argentina, no renegará de estos postulados violentos hasta después de la Segunda Guerra Mundial. Como dice Federico Finchelstein, el genocidio, el racismo, la represión y la extrema desigualdad de género fueron elementos ideológicos que profundizaron en la intrasociedad de aquel país en el periodo de entreguerras. Bajo este hecho, el nacionalismo dejó de ser liberal.

Los orígenes de la ideología nacionalista podemos llevarlos hasta intelectuales como Ricardo Rojas, Manuel Gálvez o Leopoldo Lugones. En 1909, Rojas escribe *La restauración nacionalista*, donde denuncia la inmigración europea y sus consecuencias destructivas para el ser nacional. Y, por aquellas fechas, Gálvez insiste en su nacionalismo, basado en el legado colonial. En la primera mitad de la década de los veinte del pasado siglo nace la Liga Patriótica Argentina, pudiendo catalogarse como el primer grupo parapolicial de ideología extrema y conservadora, que funcionaba como grupo de choque para liquidar las movilizaciones sociales obreras. Así que Rojas, Gálvez, Lugones y la Liga buscaban neutralizar al comunismo en la República Argentina, mientras reivindicaban naciones de clase de tipo tradicional, entendiendo el alma del pueblo argentino como dotada de catolicismo a ultranza, anticomunismo, política antiliberal y racismo antihebreo, sin olvidarnos de su profundo desprecio por los sistemas democráticos. En su opinión, Argentina necesitaría un gobierno fuerte y dictatorial, un líder con tipología de cirujano de hierro que operase directamente sobre los males estructurales de la patria. Quienes así pensaban, provenían de las altas jerarquías del ejército, de la iglesia, los estancieros y la plutocracia en general, aunque otros acudían de la izquierda socialista y anarquista, y también del Partido Radical. Nadie mejor que Leopoldo Lugones, considerado por la historiografía argentina

como el padre del fascismo local, encuadra estas contradicciones. Y es que, en términos ideológicos y culturales, también fue padre del liberalismo y del socialismo en aquel país. Así que de joven, Lugones fue anarquista y uno de los miembros fundadores del partido socialista, despreciando siempre el modelo democrático liberal. Con Lugones, el nacionalismo se vuelve sinónimo de fascismo, de militarismo, de dictadura y de catolicismo. En 1924 el presidente radical, Marcelo T. de Alvear, le envió en misión oficial a Ayacucho (Perú) para los festejos del centenario de la batalla del mismo nombre, momento que aprovechó para anunciar la hora de la espada (sic) o lo que es lo mismo, su proyecto de revolución autoritaria en contra del sistema democrático. Sostuvo que el ejército debía convertirse en un elemento central de la política, mientras que —insistía— los argentinos que promovían la democracia eran el enemigo interno, eran antipatriotas. El fascismo de Lugones se torna esencialmente militarista.

Pronto surgieron publicaciones como *La Nueva República*, o *Criterio*, en las que se propugnaba la dictadura como forma de gobierno. Así, el 28 de octubre de 1931, en aquella publicación, Julio Irazusta dice que la historia había registrado varias dictaduras excelentes o que “la democracia no respeta la dignidad ni la promueve”, toda vez que este intelectual, ciertamente moderado en comparación con otros, renegaba de la

libertad religiosa y de cultos. En 1928, Rodolfo Irazusta, hermano del anterior, en *La Nueva República*, había sostenido que el Estado argentino era católico en su origen y constitución y que la democracia es, por naturaleza, anticatólica. Así pues, insistía, la democracia es incompatible con las instituciones argentinas. Los nacionalistas o representantes del fascismo local clamaban que “el indigenismo es para imbéciles mestizos pues los argentinos somos europeos en América” (César Pico). Por ello, el racismo y la fe explican las supuestas virtudes de la raza argentina, donde no ha de desdeñarse la tradición de heroísmo de la conquista. Argentina era para los nacionalistas la verdadera heredera del legado del imperio español. Como afirma Federico Finchelstein: “La hispanidad no es vista como una sujeción a España sino más bien como un resultado de la curiosa idea de que la Argentina era más hispánica que España y por lo tanto más imperial” (Finchelstein 2008: 37).

Se trataba de la restauración metafísica del Virreinato del Río de la Plata, de dar al alma nacional un sentido heroico de la vida. Los nacionalistas no criticaban el genocidio indígena, tantas veces justificado por Sarmiento, pero sí atacaban la idea de educación pública y la apertura migratoria de Alberdi. El concepto de “Patria Grande” empieza a verse en publicaciones como *Bandera Argentina*, *Crisol*, *Claridades*, *Choque* y otras tantas. En ellas se admiraban todas las variantes de los

fascismos europeos con sus elementos antisemitas y antidemocráticos. Pronto se constituyeron grupos de choque: la Legión de Mayo y la Liga Republicana (Botana, 1998; Cantón, Moreno y Ciria, 1972; Falcón, 2000; Gallo y Cortes Conde, 1986; Girbal, 1986; Lobato, 2000; Panettieri, 1986; Rock, 1977).

La década del dogma, los nacionalistas

En el periodo que transcurre entre 1920 y 1930, la que se había considerado a sí misma como una rica y notable república tuvo que enfrentarse —como el resto del mundo— con la dureza estructural de la crisis de 1929, que iba a traer el progresivo incremento de la participación del Estado en la economía. Y el comienzo de la Gran Depresión enfrentó a las viejas oligarquías latifundistas con las clases medias —nunca fuertes ni numerosas en este país— en una pugna pletórica de rapiña por los recursos nacionales en franca recesión. Las élites demandaban la reducción del gasto público para disponer de subvenciones que les ayudasen a paliar el mal momento financiero local, y las clases medias, por el contrario, deseaban su ampliación para sustentar el empleo público (Rock 1988: 277; Rock 1975: 252-264; Smith, 1987, Potter, 1981: 83-109).

Después de la pérdida de poder por parte de José Uriburu (1930-1932), los nacionalistas instauraron nuevas organizaciones que se sumaron a la Legión Cívica Argentina

Santiago 136, 2015

(LCA), tales como la Afirmación de una nueva Argentina (Aduna), la Guardia Argentina, el Partido Fascista Argentino, la Alianza de la Juventud Nacionalista y otras muchas. Pocas dudas existen de que los nacionalistas argentinos estaban bien informados de la trayectoria ideológica totalitaria en Europa. Varios de ellos viajaron al viejo continente a encontrarse con Mussolini y otros líderes, como fue el caso de Manuel Fresco, Matías Sánchez Sorondo y Juan Carlos Goyeneche. Y es que, para Mussolini, la Argentina debía liderar las transformaciones del nuevo orden en América del Sur.

Los nacionalistas expresaron su pasión por Mussolini de varias maneras. Así, Felipe Yofre, en su libro *El fascismo y nosotros* (1933), afirmaba que, en realidad, esta ideología era un estado del espíritu. Carlos Ibarguren consideraba que el fascismo se daba en un contexto de incertidumbre mundial y que era la única alternativa posible para su país. La gran mayoría de los nacionalistas tenían verdadera admiración por el Führer, tenían hipnosis hitleriana, en expresión de Juan Casulla. En un texto bien significativo, titulado *La personalidad de Hitler, Nuevo Orden*, 1941, Julio Irazusta sostenía que las razones aducidas por el escritor español Ramiro de Maeztu para definir a Hitler como “el genio político del siglo XX” habían aumentado considerablemente tras la muerte de este. En opinión de Irazusta, el dictador alemán en *Mein Kampf*, había elaborado un

tratado de ciencia práctica para uso de los alemanes, basado en ideas generales de la mayor solidez. Para Irazusta, cinco eran los rasgos más significativos de la gestión política de Hitler: 1) brillante carrera, 2) acción eficaz, 3) flexibilidad, 4) modestia, 5) amplitud. Hitler era “un hombre eminentemente sensato, lo más opuesto al megalómano, intolerante y presuntuoso que nos pintan sus detractores” (Finchelstein 2008: 55).

Por otro lado, el catolicismo integral dio al nacionalismo fascista argentino la legitimidad del altar. Si los nacionalistas se consideraban perfectos católicos, lo eran en tanto que se sentían soldados ortodoxos de Cristo. Para la publicación *Crisol*, el catolicismo era la bisagra de lo que querían o no los argentinos. La religión era la pureza, el compendio de los valores tradicionales, la familia respetable y, por el contrario, se identificaba homosexualidad con democracia, como hizo el padre Gabriel Riesco. Y fueron hombres próximos a la iglesia católica quienes, a la par que los nacionalistas, impulsaron el antisemitismo, dándole una legitimidad que nunca antes había tenido.

Desde finales del siglo XIX se habían dado brotes antisemitas en el país, y Sarmiento no estuvo muy alejado de estas aberraciones. Pero fue durante la llamada Semana Trágica de 1919, cuando el antisemitismo argentino pasó a ser práctica

Santiago 136, 2015

relativamente frecuente. Sacerdotes, como Gustavo Franceschi, Julio Meinvielle o Virgilio Filippo, los dos últimos financiados por las embajadas alemana e italiana respectivamente, los que, junto a Gustavo Martínez Zubiría (Hugo Wast), tuvieron un papel preeminente en la definición del modelo antisemita tradicional, viendo en el judío no solo al traidor bíblico por excelencia, sino al enemigo del pueblo por principio. Por ejemplo, Gustavo Franceschi acusaba a los hebreos de vivir en todas las naciones pero no identificarse con ninguna, de explotar económicamente al país en el que se asentaban y de constituir el disolvente social por antonomasia a través de los movimientos revolucionarios. Meinvielle hablaba de una dicotomía histórica, según la cual el cristianismo y el judaísmo representaban un combate eterno entre lo espiritual y lo etéreo (representado por lo primero), y lo bajo, vulgar y carnal (representado por lo segundo). Los cristianos representaban a Dios y los judíos al anticristo. Este sacerdote nacionalista proponía la violencia fascista (*El Pueblo*, 18 de octubre de 1936)⁴, para terminar con los hebreos a los que acusaba de dirigir el protestantismo, el liberalismo y el comunismo, y de promover el pecado para, a través de él, esclavizar a los cristianos. En su libro *El judío*, de 1936, Meinvielle dicta como aseveración incuestionable el dominio judío mundial de la

⁴ De hecho, en esta publicación hacía arengas de notable calado, vehemente y violento.

política, la educación, la economía y los medios de comunicación, mientras alertaba de la peligrosa promiscuidad de judíos y cristianos. Este autor remarcaba el énfasis extremo en la corporalidad y la sexualidad que tenían los hebreos, según su entender, y que eran la antítesis del modelo espiritual cristiano. Los ejemplos más notorios de este “contagio” estaban en Freud, Lenin y Trotski.

En la publicación *Claridades*, las imágenes católicas tradicionales de los judíos como deicidas, eran fusionadas con aquellas en que aparecían con cuerpos desnudos, enfermos, que avanzaban tambaleándose pero con el órgano sexual erecto amenazando a todo el mundo con el contagio promiscuo (Finchelstein, 2008: 88). La publicación en la década de los treinta de *Kahal y Oro*, significó la consagración definitiva del escritor Hugo Wast con el nacionalismo fascista católico argentino. El argumento de la novela versa sobre la idea nada original de la confabulación judía universal. Teoría que fascinó a los miembros de la Acción Antijudía Argentina (AAA) quienes hacían alarde de “las estrechas vinculaciones que existen entre estos asquerosos mercachifles y los opulentos banqueros que hacen casar sus hijos al son de bombos y platillos con las niñas de la tronada y orgullosa aristocracia

porteña” (Finchelstein 2008: 91)⁵. Para los nacionalistas la solución definitiva del problema judío en la Argentina representaba uno de los aspectos más originales del fascismo local. Los hebreos personificaban, para los nacionalistas, a los enemigos internos e irreconciliables. En *Claridades* (1939-1942) se hablaba ya abiertamente de su eliminación, de su desaparición.

En octubre de 1934 se celebró, en Buenos Aires, el Congreso Eucarístico presidido por el cardenal Eugenio Pacelli, futuro Pío XII, y tuvo un extraordinario éxito de público. En adelante, y como sustentan Saborido y Privitellio (Saborido y Privitellio, 2006: 234-235), la iglesia argentina no dejaría de crecer en capacidad de convocatoria y en poder público, convirtiéndose en una de las más exitosas asociaciones espirituales y de influencia social. Todo ello sin olvidarnos de que, a partir de 1935, la iglesia católica argentina se lanzará a la conquista del Estado. Este hecho va de la mano de un nacionalismo potente, surgido en el país por las mismas fechas, pero que tenía recios antecedentes durante el siglo XIX en las disputas fronterizas acontecidas con Chile y Paraguay.

Había también una reacción nada amable —desde el siglo XIX— contra los extranjeros (especialmente contra los británicos) pues se consideraba que sus comerciantes e industriales obtenían

⁵ Archivo IWO, Buenos Aires, AAA, n° 14, 1939.

ganancias excesivas frente a la inversión que aportaban. Se trataba de una teoría de la descompensación de beneficios económicos que hacía ver a los políticos que la propiciaban (la llegada de comercio extranjero) como “vende-patrias”, término que se mantiene hasta la actualidad.

Antes de 1930, la exclusión deliberada por motivos conscientemente nacionalistas ocurrió en un sector solamente: la industria del petróleo. El resto eran protestas de corte popular y retórica patriótica como las quejas por el coste de los transportes por ferrocarril que hacían los terratenientes camperos, o como aquellas otras contra el capital foráneo o cuando los consumidores urbanos atacaban las tarifas establecidas por los servicios públicos. Había más elementos configuradores del nacionalismo:

Otro precursor del nuevo nacionalismo fue el yrigoyenismo. El movimiento de la reforma universitaria de 1918 había injertado un brote de doctrina radical y antiimperialista, importado principalmente de México e indirectamente de Rusia, en las preocupaciones de la nueva clase media por ampliar los caminos de la movilidad social. Este híbrido dio nuevo fruto durante la batalla del petróleo de fines de los años veinte. Los yrigoyenistas consideraron la batalla del petróleo como la culminación de la lucha por la democracia y la caída de la “oligarquía”. Es quizá más exacto describirla como un

Santiago 136, 2015

incipiente síntoma de estancamiento económico y un estrechamiento de los canales de movilidad social pues reflejó un inconsciente anhelo de industrialización y la búsqueda de nuevos trabajos de clase media. Los mismos impulsos generales se hicieron evidentes en un movimiento radical juvenil nacionalista fundado en 1935, llamado la FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Juventud Argentina). La FORJA combinaba la vieja adhesión radical a la “democracia integral” con el tipo de nacionalismo categórico e intransigente expresado en el lema: “Somos una Argentina colonial; queremos ser una Argentina libre”. Pero todavía el nacionalismo con el aparente empuje izquierdista encarnado por la FORJA era una rareza. Los impedimentos al desarrollo del nacionalismo obrero surgían de la estructura de la clase obrera y también del programa de los líderes obreros. Hasta los años treinta, gran parte de la clase obrera había nacido en el extranjero, y como indicaba el bajo índice de nacionalización, las fidelidades trasatlánticas eclipsaban a las locales. Los primeros líderes anarquistas de la clase obrera eran análogamente cosmopolitas e internacionalistas en sus concepciones. Los líderes con lazos locales más firmes, como los socialistas, dirigían sus energías a defender los salarios reales y el consumo. Los socialistas eran defensores extremos del librecambio; consideraban las inversiones extranjeras como un instrumento necesario del desarrollo económico y la

modernización. Así, entre su electorado obrero natural, el nacionalismo de la izquierda carecía de una base social y política, cimientos que no desarrolló hasta que la industria urbana empezó su rápido ascenso a fines de los años treinta. Pero pese a tales variados y complejos orígenes, hasta mediados de los años treinta el “nacionalismo” estaba representado por figuras de la derecha, como Uriburu. El principal movimiento nacionalista surgió de la Liga Patriótica de 1919, que imbuía su visión nacionalista de xenofobia, nativismo, clericalismo, antisemitismo, antianarquismo y sobre todo anticomunismo. A fines de los años veinte, esta tendencia del nacionalismo fue también antiyrigoyenista y autoritaria, influida cada vez más por doctrinas corporativas y a veces fascistas. Fue en la extrema derecha política donde el antiimperialismo radical dejó su mayor huella en los años treinta, y sobre esta base el movimiento nacionalista se transformó en un amplio programa político (Rock, 1989: 294).

Algunos historiadores también jugaron un papel importante en la configuración de esta mentalidad, ya que atacaron con fiereza la preponderancia británica en las relaciones bilaterales con Argentina. Así, las invasiones inglesas de 1806-1807 ya no parecían tan beneficiosas, y mucho menos la ocupación de las Islas Malvinas en 1833, mientras que la figura del dictador Juan Manuel de Rosas era recuperada apareciendo como un símbolo

Santiago 136, 2015

de la resistencia nacional a la dominación europea. Se discutía no solo acerca del lugar de la Argentina en el mundo, sino sobre la naturaleza de ese mundo y el papel que le tocaba desempeñar a este país.

La Gran Depresión de 1929, el ascenso del nazismo, la Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial impactaron mucho en el entramado cultural nacional, que también se hacía eco del auge del marxismo en la civilización occidental (Cataruzza, 2001; Ciria, 1975; Díaz Araujo, 1971; Godio, 1989; Jauretche, 1976; Murmis y Portantiero, 1971; Rouquie, 1982). Así es que, en principio, las ideologías nacionalistas y antiliberales, que durante los años veinte se habían limitado a grupos minoritarios, comenzaron a difundirse como solución a un mundo lleno de incógnitas acerca del futuro. Además, la depresión de 1929 gestó un hecho verdaderamente curioso, por el cual tal crisis aportaba medidas higienistas. Así lo vieron muchos intelectuales de izquierda, quienes se alejaban de manera indescriptible de lo que parecía ser el final del sistema capitalista. Pero, por otro lado, los pensadores nacionalistas, católicos o de pasión fascista, celebraban el hundimiento catastrófico de las democracias liberales surgidas en el siglo XIX y que ahora se terminaban. A este respecto no hay que olvidar que antes de ser catalogado como escuela del crimen y de maldad, la ideología fascista despertó visiones utópicas tan

profundas y convincentes como las que provenían de la URSS marxista. Todo ello sin olvidarnos que la ideología fascista vino de la mano del nacionalcatolicismo y, a partir del Congreso Eucarístico de 1934, la iglesia católica argentina demostró que era capaz de reunir a la mayor concentración de masas. En verdad, la idea general de la concepción de una cruzada mundial contra los principios laicos, nacionalistas y liberales que desembocaban en la anarquía y el comunismo, según su propia expresión, funcionó como un catalizador de voluntades civiles y militares, pues pronto las fuerzas armadas adoptaron este dogma ideológico, caracterizado por rasgos antisemitas y por un claro corporativismo y neotomismo, mientras se criticaba a las modernas naciones materialistas y protestantes de corte anglosajón.

Tal y como indican Saborido y Privitellio (Saborido y Privitiello, 2006: 208), nada se parece en la izquierda a ese asalto en tono de cruzada emprendido por la iglesia católica. De todas las maneras, una amplia gama de escritores izquierdistas como Álvaro Yunque, Raúl González Muñón, José Portogalo, Roberto Mariani, Elías Castelnuovo, Leónidas Barletta y Aníbal Ponce mostraron abiertamente su pasión por la Unión Soviética, más teórica que real ya que solo unos pocos realizaron el viaje de rigor al Moscú comunista. La revista *Claridad* era el centro de propaganda marxista. No obstante, existió una actividad

Santiago 136, 2015

sindical y de protesta, obra que podemos tildar de considerable, y la mayoría de las huelgas se limitaron a sectores con especiales problemas en tiempos de la Segunda Guerra Mundial, como la metalurgia que necesitaba materias primas que eran escasas y caras. Por ejemplo, este ramo de la actividad industrial acumuló —él solo— los dos tercios de las huelgas de 1942. Así que, si las cuestiones salariales, como tan bien han estudiado Miguel Murmis, Juan Carlos Portanero, Ricardo Gandio y Jorge Pilone, habían predominado en el periodo posterior a 1915, después de 1940 la principal causa de lucha eran los beneficios salariales, las bajas por enfermedad o accidentes remunerados y las vacaciones pagadas. Y fue en este ambiente cuando Perón inició una política de acercamiento a los obreros, siempre con la intención de defenderse contra una revolución marxista y proponiendo por el contrario su ideología nacionalista. Este hecho se vio claro en la habilidad con la que Perón supo aprovechar la debilidad de las fuerzas sindicales y también de la CGT; esta central sindical se había dividido en dos facciones, en 1943, después de un intento comunista de asumir su control. Tal circunstancia se vio con nitidez en el discurso que pronunció en la Bolsa de Comercio, en Buenos Aires, en agosto de 1944:

Señores capitalistas, no se asusten de mi sindicalismo, nunca mejor que ahora estaría seguro el capitalismo [...] Lo que quiero

es organizar estatalmente a los trabajadores, para que el Estado los dirija y les marque rumbos y de esta manera se neutralizarían en su seno las corrientes ideológicas y revoluciones que puedan poner en peligro nuestra sociedad capitalista en la postguerra (Rock, 1988: 326).

Perón no era partidario de reprimir al movimiento obrero pues consideraba que las concesiones a la clase obrera por parte del gobierno eran medidas que, a la larga, se tornaban más eficaces que la coacción social. Perón sostenía que la represión conduciría a Argentina a una rebelión del pueblo y proponía que el Estado realizase una revolución pacífica. Insistía en que la solución a estas cuestiones estaba en hacer justicia social en las masas de gobernados. Afirmaba que la puesta en práctica de estas políticas no iba a gustar a quienes eran poseedores de enormes cantidades de dinero, o sea, los latifundistas, industriales y terratenientes de los que afirmaba que eran los peores enemigos de su propia felicidad. De esta manera, Perón iniciaba un gobierno de anticomunistas fanáticos que atacaba a los grupos sociales de mayor tenencia de capitales. En muchos aspectos bebía de las fuentes del fascismo más ortodoxo y en el que el corporativismo del Estado tenía una preponderancia verdaderamente extraordinaria. El Estado se transformaba en el elemento responsable en la promoción de la integración social y en la regulación de la comunidad para el bien común, mientras

Santiago 136, 2015

que los sindicatos existen gracias a las concesiones graciosas de este. Sin embargo, como sustenta David Rock, el nacionalismo y corporativismo eran aun cuerpos ideológicos minoritarios en una sociedad cuyo carácter e inclinaciones continuaban aun bajo tonalidad liberal (Rock, 1988: 327).

Perón llevó el juego de movilizar los sindicatos con habilidad consumada, aprovechando plenamente todas las oportunidades. Pero el juego se estaba volviendo peligroso, pues la oposición al gobierno de Farrell empezó a centrarse en el mismo Perón a fines de 1944. Al final del año las tensiones subieron cuando la Unión Industrial Argentina (UIA) rompió públicamente con Perón con motivo de los aguinaldos de fin de año que había decretado para los trabajadores. Muchos patronos ahora se unieron a las *Fuerzas Vivas* y los partidos, acusando a Perón de fascista demagogo. A principios de 1945, Perón y Farrell obtuvieron cierto alivio de la oposición después de un inesperado cambio en la política norteamericana hacia la Argentina. En los seis meses anteriores los norteamericanos habían aumentado la presión sobre el régimen militar. En junio de 1944 retiraron a su embajador, persuadiendo a los renuentes británicos a que los imitasen. En agosto los activos de Argentina en oro en los Estados Unidos fueron congelados y en septiembre la prohibición sobre las exportaciones se extendió a toda la maquinaria del petróleo, los repuestos para automóviles,

la maquinaria para el papel y los suministros a los ferrocarriles. Durante todo este periodo Hull lanzó acusaciones de que Argentina se había convertido en un refugio para nazis escapados, y proyectaba una guerra imperialista contra sus vecinos latinoamericanos. En noviembre de 1944, sin embargo, Hull renunció como Secretario de Estado. La responsabilidad de los asuntos latinoamericanos en Washington pasó entonces a un nuevo subsecretario, Nelson Rockefeller. Este aportó un nuevo enfoque. Durante un tiempo Estados Unidos intentó la conciliación. Ahora los norteamericanos aliviaron las prohibiciones comerciales e insinuaron el fin de las restricciones sobre las armas del préstamo y arriendo. El cambio de política —cálidamente aprobada por muchos fabricantes y exportadores norteamericanos interesados en ampliar su acceso al mercado argentino— rápidamente produjo resultados. En febrero de 1945 Argentina se convirtió en signataria del Acta de Chapultepec, que comprometía a las naciones americanas a la cooperación en defensa mutua y comercio. Por último, a fines de marzo, Argentina declaró la guerra a Alemania y Japón. Cuando lo hizo, los Estados Unidos otorgaron pleno reconocimiento diplomático al gobierno de Farrell (Rock, 1988: 328).

Sin embargo, este idilio fue fugaz pues tras la muerte de Roosevelt, a mitad de abril de 1945, Harry S. Truman asumió la

Santiago 136, 2015

presidencia de USA. Alemania se rindió incondicionalmente el 7 de mayo y de inmediato se impusieron sanciones comerciales contra la República Argentina, exigiéndose elecciones inmediatas para levantar tal castigo. El nuevo embajador norteamericano, Spruille Braden, no ocultaba su malestar contra el gobierno de Farrell, mientras animaba a los opositores de la junta militar a luchar contra ella. Así, el 19 de septiembre de 1945, una gran manifestación, llamada “Marcha de la Constitución y la Libertad”, tuvo lugar en Buenos Aires, congregando a miles de descontentos con el ejecutivo de entonces, a la vez que proferían protestas e insultos. Por todo el país se hablaba de guerra civil. El 24 de septiembre el general Arturo Rawson —el que fuera presidente durante tres días en 1943— encabezó un golpe de Estado, pero fracasó. A principios de octubre, Farrell destituyó a Perón —presionado por un sector del ejército— de sus múltiples cargos y fue encarcelado. Los sectores liberales y las oligarquías financieras y productivas celebraron su victoria de la mano del embajador norteamericano Braden, máxime cuando se había dejado el gobierno en poder de la Corte Suprema. Lo que enardecía aun más a los uniformados.

La oposición se mostró entonces dispersa y desorientada y con fondo espúreo, toda vez que vacilante. Por el contrario, los seguidores de Perón y con la excusa de llenar el vacío de poder

creado, se movilizaron en los barrios obreros del Gran Buenos Aires, especialmente para denunciar los hechos y liberar a Perón. Los más activos fueron Cipriano Reyes, un líder de los trabajadores de las industrias cárnicas, el coronel Domingo Mercante, el más cercano colaborador de Perón en la Secretaría de Trabajo que antes ocupaba y Eva Duarte, su joven y atractiva amante.

El modelo justicialista

Perón creía en la preponderancia del jefe como mando indiscutible y con un poder dictatorial y elitista que se traducía en actuaciones autocráticas. Proponía sentimientos nacionalistas exacerbados y el mantenimiento de la unidad territorial con el fin de preservar su desarrollo interior. De esta manera, se potencia la adopción de una política centralista y uniformizadora, así como la unidad de un partido político único, con la consiguiente ilegalidad de todas las demás formas de gobierno. La supremacía del poder ejecutivo debe prevalecer sobre el judicial y el legislativo. Además, se propugna la prevalencia total del Estado sobre todos los demás entes y realidades existentes en un pueblo o nación. En definitiva, al Estado le correspondía, según su criterio, la realización de todos los valores de índole político, cultural y económico que precisaba el pueblo argentino. Va a desarrollar, asimismo, una lucha encarnizada contra el peligro comunista pero también

Santiago 136, 2015

contra las doctrinas liberales y contra la clásica democracia parlamentaria concebida como algo cerrado y compartimentado. El justicialismo político consideraba al ciudadano como integrante de una masa, la cual debe ser dirigida por una élite especialmente preparada. La masificación programada se consigue por desarticulación o destrucción de las clases sociales en general, y más concretamente de la clase media-baja y del proletariado. Asistimos a una sustitución del concepto *lucha de clases* por la *lucha de pueblos*, así se consigue un proletariado desclasado y se neutralizan todas las reivindicaciones sociopolíticas. De este modo, frente al sindicato horizontal proletario van a hacer su aparición los movimientos corporativos verticales. Los conflictos entre el capital y el trabajo quedan superados por la acción autoritaria del Estado, que pone su mira en la máxima potenciación de la producción⁶.

⁶ Una de las bases documentales que hemos utilizado para la realización de este artículo es la revista *Cristianismo y Revolución*, donde aparecen de forma reiterada las esencias del cristianismo de base, de forma real e imaginaria, y también los valores que, en opinión de quienes allí escribían, tenía que adoptar la sociedad argentina.

Bibliografía

ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA. *Nueva Historia de la Nación Argentina*. Buenos Aires: GeoPlaneta, 2000.

AMARAL, Samuel. "La renuncia de las masas: el Partido Comunista ante el peronismo, 1945-1955". *NEP: New Economics Papers*. 2008, no. 7.

BOTANA, Natalio. *El orden conservador*. Buenos Aires: Hyspamerica, 1985.

CANTÓN, Darío; MORENO, José Luis; CIRIA, Alberto. *Argentina, la democracia constitucional y su crisis*. Buenos Aires: Paidós, 1972.

CATTARUZZA, Alejandro. *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943)*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2001.

CIRIA, Alberto. *Partidos y poder en la Argentina moderna (1930-1946)*. Buenos Aires: Editorial Jorge Álvarez, 1975.

DÍAZ ARAUJO, Enrique. *La conspiración del 43, el GOU, una experiencia militarista en la Argentina*. Buenos Aires: Ediciones La Bastilla, 1971.

Santiago 136, 2015

FINCHELSTEIN, Federico. *La Argentina fascista. Los orígenes ideológicos de la dictadura*. Buenos Aires: Sudamericana, 2008.

FLORIA, Carlos Alberto; GARCÍA BELSUNCE, Cesar. *Historia de los argentinos*. Buenos Aires: Larousse, 1992.

GALLO, Ezequiel; CORTES CONDE, Roberto. *La República conservadora*, Buenos Aires: Paidós, 1986.

GIRBAL, Noemí. *Progreso, crisis y marginalidad en la Argentina*. Buenos Aires: N.G. De Blacha, 1986.

GODIO, Julio. *El movimiento obrero argentino (1930-1943). Socialismo, comunismo y nacionalismo obrero*. Buenos Aires: Legasa, 1989.

HALPERIN DONGHI, Tulio. *La larga agonía de la Argentina peronista*. Buenos Aires: Ariel, 1994.

JAURETCHE, Arturo. *FORJA y la Década Infame*. Buenos Aires: Peña Lillo, 1976.

LOZANO, Álvaro. *La Guerra Fría*. Madrid: Melusina, 2007.

LUNA, Felix. *Historia integral de la Argentina*. Buenos Aires: Planeta, 1995.

MARTÍNEZ, Pedro Santos. *La Nueva Argentina (1946-1955)*. Buenos Aires: La Bastilla, 1976.

MURMIS, Miguel; PORTANTIERO, Juan Carlos. *Estudios sobre los orígenes del peronismo Vol. 1*. Buenos Aires: Ediciones Siglo XXI, 1971.

NAVARRO GERASSI, Marisa. *Evita*. Buenos Aires: Corregidor, 1981.

PANELLA, Claudio, et al. *La prensa y el peronismo, crítica, conflicto, expropiación*. La Plata: Ediciones de Periodismo y Comunicación, 1999.

PANETTIERI, José. *Argentina, historia de un país periférico, 1862-1914*. Buenos Aires: Bibliotecas Univesitarias, 1986.

POTTER, Anne. "The Failure of Democracy in Argentina 1916-1930". *Journal of Latin American Studies*. 1981, 13, p. 83-109.

RAPOPORT, Mario, et al. *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2000)*. Madrid: Ariel, 2006.

ROCK, David. *El radicalismo argentino, 1890-1930*. Buenos Aires: Amorrortu, 1977.

ROCK, David. *Argentina 1516-1987*. Madrid: Alianza Editorial, 1989.

ROCK, David. *Politics in Argentina 1890-1930*. Cambridge: Cambridge University Press, 1975.

Santiago 136, 2015

ROMERO, Luis Alberto. *Breve historia contemporánea de la Argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2012.

ROUQUIE, Alain. *Poder militar y sociedad política en la Argentina, I, hasta 1943*. Buenos Aires: Emecé, 1982.

ROUQUIE, Alain. *Poder militar y sociedad política en la Argentina, II, 1943-1973*. Buenos Aires: Emecé, 1982.

SABORIDO, Jorge; PRIVITIELLO, Luciano. *Breve historia de la Argentina*. Madrid: Alianza Editorial, 2006.

SMITH, Peter. *The Breakdown of Democracy in Argentina 1916-1930*. Baltimore: The John Hopkins University Press.

TORRE, Juan Carlos. *La formación del sindicalismo peronista*. Buenos Aires: Legasa, 1988.

WALDMANN, Peter. *El peronismo, 1943-1955*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1980.

WYNIA, Gary. *La Argentina de posguerra*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano, 1986.